

Entrevista a Laura Nicastro: La vida, siempre

María Celia Quiroga

Sopa de Letras

Entrevista a Laura Nicastro realizada por María Celia Quiroga, presidenta de la editorial Sopa de Letras, en 2015, al presentar la versión digitalizada de la novela *Jueves para Siempre* (2015).

Laura Nicastro nació en Buenos Aires, Argentina. Estudió filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Residió dos años en Alemania. Su narrativa ha merecido diferentes premios: Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores (1985); Arturo Mejía Nieto (1985); Premio Especial Ricardo Rojas otorgado por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (1990); Premio Dr. Alfredo Roggiano, de Chivilcoy (2005). Asimismo, fue candidata al Iowa Writing Workshop en 1988 y 1994, respectivamente. Hasta el momento de la entrevista, entre sus obras se encontraban: *Los ladrones del fuego* (cuentos), 1984; *Oyó que los pasos* (cuentos), 1987; *Intangible* (novela); *Pueblos de arena* (cuentos) 1992; *Libro de los amores clandestinos* (cuentos) 1995; *Jueves para siempre* (novela); *La tigra* (cuentos), 2009; *e-nanos* (microficciones), 2010; *Caleidoscopio* (microficciones), 2014; *Entre duendes y pirañas* (microficciones), 2015.

Sus textos han integrado numerosas antologías en diferentes países: *Nosotras, vosotras y ellas*, 2006; *La pluma y el bisturí*, 2008; *Arden Andes*, 2010; *La minificción en español y en inglés*, 2011; *Cartón lleno*, 2012; *Brevedades*, 2013; *¡Basta! Cien mujeres contra la violencia de género*, 2013; *Lectures d'ailleurs-Lectures d'Argentine 2* (digital), 2014; *Borrando fronteras*, 2014; *69 Antología de microrrelatos eróticos II*, 2016; *Eros y Afrodita en la minificción*, 2016; *Resonancias*, 2018; *Micros argentinos*, 2019; *Brevirus* (digital), 2020; *Antología hispanoamericana de microficción en pequeño formato* (digital) 2021; *Doce escritoras argentinas*, 1990; *Cuentistas argentinos de fin de siglo*, 1997; *El viaje en la palabra y la imagen* (antología ilustrada), 2001; *Los cuentos*, 2006; *Mujeres con pelotas* (cuentos sobre fútbol), 2010.

María Celia Quiroga: Laura, contanos tu historia.

Laura Nicastro: Nací en Buenos Aires. Soy bilingüe desde la cuna: mi madre me hablaba en alemán, mi papá en castellano, pero yo sabía en qué idioma contestar a cada uno. Es algo que debo agradecerles pues el hecho de hablar dos idiomas simultáneamente desde tan chiquita me dio cierta facilidad para estudiar otras lenguas. Más tarde aprendí inglés, francés. Estudié filosofía pues quería una carrera que me mostrara diferentes líneas

de pensamiento. Creo que escribí desde que empecé a manejarme con la letra escrita, aunque nunca fue de manera metódica. Curiosamente, en la primera infancia cuando me preguntaban qué quería ser cuando fuera grande, contestaba “inventora”. Cierta estrechez de mira me hizo pensar que solo se podía inventar en un laboratorio. Mucho más tarde descubrí que escribir ficciones es inventar, es continuar con el aspecto lúdico iniciado en la infancia. Mi vocación permaneció latente durante mucho tiempo. Prueba de esto es que viví dos años en Alemania y cultivaba intensamente el estilo epistolar. Durante ese tiempo enviaba cartas a familiares y amigos, varias por semana, cuidando que cada una relatara diferentes eventos para que si se reunían, hablaran de aspectos diversos de mi estadía. Armar ese rompecabezas representaba un trabajo de órdago.

MCQ: ¿Y cuándo empezaste a escribir ficciones?

LN: Comencé a escribir regularmente a los veintiocho años, cuando enviudé. Fue un acontecimiento muy conmovedor. Ese mismo año murió mi abuela, un año durísimo. Escribí algo sobre todo eso. Era un texto muy espontáneo, sin correcciones. Se lo llevé a mi terapeuta. Ella me dio los datos de quien sería mi maestro, el escritor Abelardo Castillo, un intelectual y escritor lamentable e injustamente olvidado en nuestro país. Fue mi guía, me dio directivas muy importantes que sigo hasta el día de hoy. Muchas veces nos ocurren cosas tremendas, a todos, tarde o temprano: la vida no hace excepciones. Son momentos en los que a uno la existencia se le da vuelta como un guante y uno se pregunta ¿por qué a mí?, ¿y ahora qué? Pero con el dolor también nos viene la sanación, la capacidad de resiliencia (una palabra que prefiero usar en lugar de “resistencia”). Tardé unos diez años en publicar porque corrijo mucho (lo sigo haciendo). A pesar de las décadas transcurridas, aplico el mismo método: “planto” el primer borrador en forma manuscrita. De esta manera tengo la sensación de que la escritura fluye directamente desde el corazón, desde el cuerpo hacia el papel, como si la tinta brotara de los dedos (o como si mis falanges tuvieran puntas de grafito). No hay un teclado intermedio, una barrera mecánica que debo superar antes de fijar el pensamiento. Quizás sea así porque tengo incorporadas la escritura y las combinaciones del abecedario desde muy temprana edad, mientras que la familiarización con un teclado vino mucho más tarde. Después, sí, paso el manuscrito a un documento Word, lo cual facilita mucho las correcciones. Lo imprimo pues me resulta muy molesto leer una pantalla. Antes del advenimiento de la computadora, escribía a máquina. Guardo el texto en un cajón por semanas, meses. Lo recupero para introducir las modificaciones del caso. El tiempo me permite ver el escrito de manera más objetiva, tomar distancia. Creo que si algo de lo que escribo me sobrevive, por lo menos que sea medianamente digno. Soy una productora muy lenta. Admiro a esos colegas que son capaces de publicar cada dos años con una regularidad cronométrica. No es lo mío, tengo otros tiempos.

MCQ: Contame sobre los libros que publicaste.

LN: Comencé publicando cuentos. El primer libro fue *Los ladrones del fuego*, que obtuvo un premio de la Sociedad Argentina de Escritores. Después apareció *Oyó que los pasos* (también cuentos). Les siguió una novela, *Intangible*, con la que obtuve el Premio Ricardo Rojas otorgado por la Municipalidad de Buenos Aires. A continuación, apareció *Pueblos de arena*, una colección de relatos en la que quise llevar mi imaginación hasta sus límites; otra colección de cuentos, *Libro de los amores clandestinos*; luego apareció *Jueves para siempre*, la novela que Sopa de Letras digitalizó. A continuación, se publicó otro libro de cuentos, *La*

Tigra. Siguieron tres pequeños volúmenes de microficciones: *e-nanos*, *Caleidoscopio*, *Entre duendes y pirañas*, y una tercera novela, más reciente: *Tango brujo*. Salvo *Pueblos de arena*, prefiero que mis libros de cuentos no sean monotemáticos. Siempre, desde que armé el primer libro de cuentos, hice la acotación de que un libro de microficciones o de cuentos es como una caja de bombones: aunque uno tenga determinadas preferencias, la variedad la hace más interesante. Nunca se sabe qué juego nos propone el autor.

MCQ: Ahora hablemos de la novela *Jueves para siempre* que acabas de publicar como e-book.

LN: *Jueves para siempre* se sitúa en Buenos Aires en la década de los ochenta, momento en que en nuestro país recuperamos la democracia después de una etapa de gobierno militar. La novela comienza prácticamente en diciembre de 1983 cuando se inicia el gobierno del Dr. Raúl Alfonsín. Fue una época caótica para el ciudadano común: hubo días en que trece gremios habían decretado huelgas de todo tipo (transporte público, servicios). Personalmente me sentía desbordada por la cantidad de inconvenientes que dificultaban mucho el día a día, quise reflejar eso. Yo no era la única, nos ocurría a todos. Por ejemplo, el servicio de correos paraba, no llegaban los avisos de pago, se vencían los plazos, la empresa responsable cortaba el fluido eléctrico al deudor quien debía pedir permiso en su trabajo para saldar la deuda y solicitar personalmente la restitución del servicio en las oficinas del proveedor. Se trasladaba y al llegar debía hacer una fila larguísima; cuando era su turno frente a la ventanilla de atención, los empleados paraban. Eso significaba otro día sin luz, sin agua, otra solicitud de permiso. La vida cotidiana era muy ardua y hasta hacer un pequeño trámite se convertía en un castigo de Sísifo. Todo eso me proveyó el material para escribir la novela. Un amigo que la leyó, comentó después que se sentía muy feliz de circular por la calle y comprobar que había locutorios para hablar por teléfono porque en aquella etapa cortaban la línea (por algún reclamo del sindicato correspondiente) y el usuario quedaba incomunicado durante semanas. Creo que es muy bueno tener un registro de la época. A veces pienso que ya casi estamos hablando de una novela histórica porque la tecnología ha ido avanzando y quien no experimentó estos inconvenientes no puede imaginar siquiera cómo ha cambiado nuestro entorno, al menos en las grandes ciudades. Me parece interesante como testimonio de esa vuelta a la democracia que se vivía con mucha euforia a pesar de los innumerables tropiezos.

MCQ: ¿Y cómo son los personajes de la novela?

LN: Mi gran disparador siempre es la realidad de la que extraigo imágenes, impresiones. Todos los personajes son ficticios. Los llamo “mis inventos a la Dr. Frankenstein” porque veo una mujer y pienso “esa señora ¡qué bien que me viene para Amanda!”. Vaya la anécdota que sigue como ilustración. Una mañana yo iba viajando en subterráneo (metro); frente a mí estaba sentado un señor mayor, de gran tamaño. Parecía ser europeo. Tenía sobre las piernas una pequeña valija metálica como suelen usar los plomeros. Sus manos eran enormes. Yo estaba fascinada con esas manos. Posteriormente elaboré la apariencia física del personaje a partir de ellas. Además, tenía el pelo muy fino y se le desordenaba con el viento del tren. Lo transformé en Milan Kolenika, un gigante tierno que se enamora de Amanda y ambos viven un bien ganado amor otoñal. Digo esto porque el haber coincidido es un resarcimiento que la Vida les da a ambos. Para mí es maravilloso esto de poder mover los hilos de las historias, como si uno fuera el Gran Titiritero.

MCQ: ¿Él nunca se enteró?

LN: ¿El gigante del subterráneo? ¡Nooooo! ¡Si no nos conocíamos! Descendió en alguna estación. Ya ni sé en cuál pues a esa altura yo solo pensaba en el personaje que estaba componiendo mentalmente. Nunca describo a alguien real que haya conocido. En primer lugar, me parece una actitud poco ética hacia una persona (es como violentar su intimidad, espiarla y después exponerla) y en el segundo, no sería ficción. Respecto de las relaciones entre ellos, entre los personajes, también brotan de la pura imaginación. En esta novela hay tres parejas cuyas historias de amor se entrelazan, asimismo hay una muerte que no se sabe si fue suicidio, muerte natural o asesinato; eso que lo decida el lector que es quien está del otro lado (se lo regalo como tema para un insomnio). También hay algunos personajes secundarios, muy delirantes.

MCQ: ¿Esta novela ha tenido soporte en papel?

LN: Así es, se publicó por primera vez en 2005. La primera edición se agotó y pensé que ya era hora de entrar al mundo digital de la mano de Sopa de Letras. La había reescrito varias veces por esa obsesión que tengo de ir ajustando el texto. Me ocurre (y seguramente no soy la única) que tengo la intuición perfecta de una idea determinada, pero al llevarla a la palabra escrita siento que no pude transcribirla en toda su extensión. Es como trasponer una imagen de tres dimensiones a una de dos dimensiones. Lograr que lo escrito se aproxime lo más posible a la intuición es el objetivo de las sucesivas reescrituras. Es la prueba irrefutable de que pasar de la potencia al acto no es fácil, son diferentes estadios.

MCQ: Contame sobre los mini relatos

LN: Sí, las microficciones. Escribí la primera (“Pierre”) en el año 1984; en 1986 se publicó en *La Prensa*, yo todavía ignoraba qué era una microficción. Muchos escritores argentinos ya habíamos escrito microficciones espontáneamente, pero todavía no se había establecido como un género *per se*. El hecho de que se publicara mi primer texto en ese periódico fue muy emocionante porque mi abuelo austríaco, cuando inmigró a Argentina, trabajó en ese diario. Para mí fue como si dos generaciones más tarde se hubiera cerrado un círculo y yo hubiera cumplido un mandato. Fue un texto muy leído y utilizado por narradores orales, también fue plagiado (la típica relación de amor/odio con un texto). Publiqué tres libros de microficciones: *e-nanos* (por nanometría y por digitalización), *Caleidoscopio*, *Entre duendes y pirañas*. La microficción es un género que tiene otro tipo de dificultad: es imprescindible el lector cómplice, trabajador, porque requieren una lectura muy atenta y comprometida. Los textos son breves, presuponen un conocimiento anterior por parte de quien los lee, los personajes no se describen, hay elisiones, hay reescrituras de mitos, intertextualidad. Cada microficción es como un iceberg: lo importante es lo que queda bajo la línea de flotación y eso es lo que debe descubrir o completar el lector. Desaconsejo leer varias microficciones seguidas porque cada una tiene su propio grado de dificultad. Participé en diferentes antologías de microficciones. La vida es múltiple y me encanta pararme en la vereda de enfrente y plantearme la pregunta ¿cómo sería esto de otra manera? A menudo ese es el disparador de mis textos cortos. Pretendo que ninguno de mis libros sea igual o parecido al anterior, que sean todos diferentes, no repetir fórmulas. Como la vida.

MCQ: Háblame de tu primera novela, *Intangible*.

LN: Que es precisamente el nombre de un área del Parque Nacional Cataratas de Iguazú, en Misiones. De hecho, todos los parques nacionales del mundo tienen esa zona “intangible” a la que acceden únicamente científicos, biólogos, etc. Yo tenía una idea de lo que quería escribir, pero soy una “mujer del asfalto”, no conozco la selva. Así que escribí una nota a las autoridades pertinentes solicitando permiso para visitar la zona y documentarme *in situ* (estamos hablando de los años ochenta). Obtuve la autorización y pude pasar diez días en el Intangible, acompañada por un guardaparque. Fue una experiencia interesantísima recorrer a bordo de un jeep un espacio tan agreste. Hice todas las preguntas que se me ocurrieron, me dieron mucha información y más. Quería tener la experiencia física del calor insoportable y de la humedad que genera la evaporación en la selva. Con la transpiración perdemos sal, un elemento que escasea en ese hábitat. Se me pegaban los insectos voladores para absorberla de mi piel, de la ropa húmeda. Era muy divertido caminar con mariposas pegadas a los brazos: me había convertido literalmente en un bebedero. Algo que me habían enseñado los guardaparques era a caminar pisando muy fuerte para que las vibraciones del suelo despertaran a cualquier animalito rastrero que estuviera durmiendo la siesta en el sotobosque. Atacan cuando se sienten en peligro; pisar fuerte es como anunciar la presencia humana, les da la oportunidad de escapar. Además, me interesaba mucho el rol del silencio y de los sonidos. De pronto dos grandes ramas se rozaban por el viento, la madera producía un chirrido y era como si se abriera una puerta hacia el misterio. En ese momento intuí por qué los pueblos originarios encontraron en esos fenómenos el fundamento para sus mitos.

Hubo otro momento en el que aprecié el valor de la quietud. Mientras iba caminando por un senderito me sorprendió el silencio total y absoluto. No se oía ni un piar de pájaros ni el sonido de algún mono lejano. Era muy llamativo. Entonces vi avanzar un pequeña “columna” de hormigas llamadas “de la corrección” (reciben ese nombre porque devoran todo ser viviente a su paso). Era evidente que cruzarían el sendero. Me detuve a observar una langosta posada sobre una rama y pensé que las hormigas la descubrirían e irían al ataque. Pero como la langosta se mimetizó por completo con la rama, las hormigas le pasaron por encima, ni la tocaron. Cuando la columna desapareció en la maleza, todos los sonidos recomenzaron: el piar de las aves, el croar de las ranas, los pequeños crujidos. La langosta se fue. Era como si la selva festejara el alejamiento del peligro. Como escritora necesito ubicar a mis personajes en un medio ambiente determinado, que haya un entorno evidente porque creo que eso moldea actitudes, situaciones. Más allá de cualquier descripción física, ayuda a comprender al personaje, se integra a la trama, especialmente en esta novela en la que encaré un mito imaginario. Y digo imaginario porque es el resultado de mi imaginación personal. El haber obtenido toda esa información para volcarla en la novela fue una experiencia lindísima. Me marcó mucho. Observando esos pequeños milagros cotidianos en medio de una naturaleza virgen comprendí empíricamente cómo a veces la vida es tanta que es casi muerte. Pero también entendí que la vida triunfa, de una u otra manera y que debemos respetarla. Siempre.

MCQ: Ahí tienen a nuestra nueva escritora. Gracias, Laura Nicastro.

13/08/2015